

# Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:  
Militarismo y cultura occidenta

Autor/es:  
Juaristi, Jon

Citar como:  
Juaristi, J. (1991). Militarismo y cultura occidenta. Nosferatu. Revista de cine.  
(7):99-102.

Documento descargado de:  
<http://hdl.handle.net/10251/40795>

Copyright:  
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



**donostiakultura.com**

pañol ha reconocido el derecho a la objeción de conciencia. Cualquier español en edad militar, por razones de conciencia, puede negarse a empuñar las armas, siempre y cuando realice una prestación sustitutoria, igualmente altruista, a la sociedad. La legislación en esta materia, en proceso de revisión parlamentaria, es lo suficientemente flexible para no conculcar derechos que, como la objeción de conciencia, son recogidos en los sistemas democráticos más avanzados, a la vez que protege el derecho de la nación española a contar con un sistema defensivo que garantice su soberanía de cara a posibles amenazas del exterior.

Una de las ventajas más llamativas de todo este proceso democratizador y su reflejo en el seno de las Fuerzas Armadas ha sido la de normalizar las relaciones de los militares, ciudadanos de uniforme, en el entramado social. El llamado "*problema militar*" y los rumores sobre "*ruido de sables*", frecuentes en épocas no muy lejanas, han desaparecido conforme la sociedad española profundiza y extiende los hábitos democráticos. Sólo a grupos marginales interesa mantener a los militares como una casta aparte, viviendo en guetos y al margen del devenir cotidiano y de las aspiraciones comunes del conjunto de la sociedad.

Son los propios militares quienes han mostrado, y continúan empeñados en ello, un más alto grado de interés por remediar esta situación anómala. Únicamente piden respeto hacia su profesión y un mínimo de reconocimiento a su labor, porque saben que el objetivo, irrenunciable, consiste en integrar a las Fuerzas Armadas en la sociedad como un estamento más y con unas misiones específicas, reguladas por las leyes y sometidas al poder civil. No son, pues, unos hombres distintos a los demás, tampoco lo pretenden: lejos de los estereotipos de las pantallas cinematográficas, donde se les transforma en héroes o en villanos, los militares españoles de hoy día tienen los mismos anhelos, se emocionan, sufren y disfrutan con las mismas cosas que el resto de sus conciudadanos, como hijos de su tiempo que son.

## Militarismo y cultura occidental

Jon JUARISTI

Aunque está fuera de toda duda que la palabra *militarismo* es de reciente introducción en el idioma, no es tarea fácil esbozar con exactitud su genealogía. Procede posiblemente de una traducción no muy correcta de la expresión *militant societies*, de Herbert Spencer, vertida al español por Unamuno como *sociedades militares*, fórmula que hizo fortuna, y de la que se valieron asimismo los traductores españoles de Kropotkin, que había tomado dicho concepto del propio Spencer. Para el sociólogo inglés, las *militant societies* corresponden a lo que los historiadores de su época llamaban *sociedades feudales*; es decir, sociedades fuertemente jerarquizadas y movilizadas de continuo para la guerra y la rapiña. Según el modelo evolucionista de Spencer, las sociedades militares nacen de las hordas indiferenciadas de cazadores y recolectores, y anteceden -oponiéndose a ellas- a las *industrial societies*, fundamentadas en la división del trabajo, la cooperación pacífica y el liberalismo político. El Estado, para Spencer, constituye un residuo de la organización de las *militant societies* en las sociedades modernas.

Sea como fuere, lo cierto es que fue Unamuno quien primero utilizó en español el término *militarismo*, contraponiéndolo a *industrialismo*, e identificándolo las más de las veces con el sistema político imperante en Alemania tras la unificación bismarckiana. Al militarismo prusiano opone el joven Unamuno, como utopía a perseguir por los progresistas españoles, el industrialismo británico y francés, por ese orden. Pero también, en esta primera sociología unamuniana, *militarismo* e *industrialismo* designan tendencias copresentes en cualquier sociedad contemporánea. Así, cuando en Francia la opinión pública se dividía ante el proceso Dreyfus, Unamuno adscribirá a los *antidreyfusards* a una supuesta corriente *militarista*. En una carta escrita durante esos años a su amigo bilbaíno Pedro Múgica, profesor en Alemania y simpatizante de los movimientos antisemitas germanos, defenderá a los judíos como los antimilitaristas por ex-

celencia, y los representantes actuales del futuro industrialismo planetario. Hay que tener en cuenta que Unamuno atravesaba por entonces un breve sa-rampión socialista (de un ingenuo socialismo evolucionista que tenía más que ver con Spencer que con Marx). En 1903, en su novela "*Amor y pedagogía*", rompería definitivamente con el ideario spenceriano, pero la dicotomía *militarismo/industrialismo* seguiría vigente en su pensamiento hasta el comienzo de la Gran Guerra.

De hecho, en 1914 se puso trágicamente de relieve la inoperancia de las categorías spencerianas y la falsedad del esquematismo evolucionista. El propio Unamuno (junto a otros aliadófilos como Galdós y Agustín Calvet) reconoció que el industrialismo se había revelado, a la postre, compatible con el militarismo más extremo. Entre los años 1880 y 1910, Alemania se había convertido en la primera potencia industrial europea, sin renunciar por ello a su acendrado militarismo. Los intelectuales aliadófilos comienzan a hablar de *industrialización de la guerra* y responsabilizan a Alemania de este fenómeno que, según algún energúmeno cuyo nombre no merece ser recordado, resta a las batallas su antigua brillantez y elegancia. Ante la fusión de industrialismo y militarismo, Unamuno recurre a una nueva dicotomía para explicar el conflicto: *militarismo/civilización*. La *Kultur* alemana, dirá, no es sino militarismo de la peor especie. La lucha entre *Kultur* y *Zivilization* que preconizan los filósofos alemanes encubre, en realidad, el enfrentamiento entre una concepción cuartelera de la sociedad y una concepción *civil*. En los campos de Flandes, escribe Unamuno, lucha un *ejército* (el alemán) contra un *pueblo* (el francés).

Ahora bien, tampoco se podía negar que, especialmente en Francia, lo que Unamuno llamaba *tendencia militarista* no había dejado de aumentar desde los años del *affaire Dreyfus* hasta convertirse en una auténtica plaga entre los jóvenes intelectuales franceses. En torno a 1910, el nuevo nacionalismo francés, representado por los seguidores de Barrès (Massis, Tarde, Franck) o por los discípulos católicos de Charles Péguy (Alain-Fournier, Ernest Psichari) no tenía nada que envidiar, en lo que a militarismo se refiere, al nacionalismo de la Alemania guillermina. Republicanos desengañados de la República laica y de sus maestros positivistas, o monárquicos recelosos de la restauración de la monarquía, los intelectuales de la generación francesa de 1914 pusieron todas sus esperanzas

en el ejército y aceptaron, ya desde los primeros años de la década, lo inevitable de una confrontación armada con Alemania, que mantenía aún en su poder, hay que recordarlo, Alsacia y Lorena. Barrès oficiaba a un tiempo como portavoz del irredentismo lorenés y atizador del revanchismo nacionalista, pero sería un error pensar que el militarismo prebélico se debió únicamente a los más conspicuos dirigentes de la derecha europea. Por el contrario, fueron los partidos progresistas los que más trabajaron por extender la conciencia de los agravios nacionales, impulsar el armamentismo y acelerar el estallido de las hostilidades.

Entre los años 1914 y 1918, los intelectuales liberales y socialistas que, a finales de siglo, habían execrado el militarismo, se vieron en la paradójica situación de fomentarlo en nombre de la civilización y del antimilitarismo. Unamuno es sólo un caso entre muchos, pero vale la pena releer, a título de curiosidad histórica, su relación de la visita que hizo con Azaña y otros al frente de Udine, o su entusiasta salutación a Italia cuando ésta entró en la contienda. En 1914 toda Europa era militarista. Los pacifistas constituían una minoría casi imperceptible. Cuando no se trataba de derrotistas a secas (Russell, Lytton Strachey), eran oportunistas como Lenin, que pretendían convertir la guerra entre naciones en una guerra de clases. El militarismo, en fin, es inseparable de la modernidad.

Lo que sucede (algo habrá podido advertirse en las líneas que anteceden) es que ni el militarismo ni la modernidad son conceptos unívocos. Hay muchos tipos de militarismo, entre los cuales el descrito por Spencer y Unamuno es solamente uno más. En Gran Bretaña, por ejemplo, el militarismo de 1914 estaba indisolublemente unido a una concepción deportiva de la vida (Unamuno, dicho sea de paso, hacía votos para que el ejército alemán asimilara algo del espíritu deportivo británico). Los voluntarios ingleses que marcharon a Flandes a fines del verano de 1914 lo hicieron como quien va a jugar un partido de fútbol. Los afiches de reclutamiento mostraban a futbolistas que invitaban a sus compatriotas a "jugar el gran juego" ("to play the great game"). Muchas trincheras alemanas fueron tomadas al asalto por batallones que corrían detrás de un balón lanzado al aire por el oficial de turno. Es cierto que esta visión deportiva de la guerra fue un producto, sobre todo, de la educación impartida a los adolescentes de clase alta en las *public schools* como Eton o Rugby, pero también par-

tipaban en mayor o menor grado de ella los trabajadores, en unas fechas en que el fútbol se había convertido ya en un deporte de masas. Partidos de fútbol se jugaron en la tierra de nadie, entre las trincheras alemanas e inglesas, en la tregua de navidad de 1914 (a instancias de los británicos). En este sentido, es significativa la actitud de los jóvenes oficiales del ejército inglés (salidos muchos de ellos de las aulas de Eton y Rugby) después del fracaso de la ofensiva del Somme en 1916. La mayoría estaba convencida de que el Estado Mayor británico se hallaba formado por estúpidos, criminales y vanidosos ineptos que nunca habían visto de cerca el campo de batalla. Pero seguir en sus puestos se había convertido para ellos en una cuestión de deportividad (como Robert Graves confesó a un asombrado Bertrand Russell, a fines de 1916). La continuidad de la guerra poco tenía ya que ver, en su opinión, con la defensa de la civilización frente a la barbarie militar. *To play the game*: la solidaridad de equipo, unida a cierta mística de la masculinidad, vinieron a sustituir al sentimiento patriótico.

En estas actitudes y otras afines, compartidas por los combatientes de otras naciones, tuvo origen lo que George Moshe, en un libro extraordinario (1), ha llamado "el mito de la Experiencia de la Guerra". Para los sobrevivientes, el paso por las trincheras vino a equivaler a una suerte de iniciación privilegiada en un sentido oculto de la vida, en una nueva cultura ruptural donde la camaradería militar tomó el lugar de la mera ciudadanía. Sobre decir lo que supuso este mito como contribución a la formación de los movimientos totalitarios en la Europa de entreguerras. La idealización del sacrificio, de la inmolación sin objeto, formó parte de un síndrome de las trincheras que llevó a muchos excombatientes a reengancharse en el ejército (el caso más espectacular, indudablemente, es el del coronel T. E. Lawrence, que ingresó como soldado raso y bajo nombre supuesto en la R. A. F.). En la Alemania republicana, fueron multitud los oficiales y suboficiales que se integraron en los *Freikorps* para combatir a los comunistas. En Francia e Italia, en fin, surgió una nueva forma de militarismo basada en un culto nihilista a la violencia, del que fueron sacerdotes los futuros fascistas Pierre Drieu la Rochelle y Gabrielle d'Annunzio. La sociedad de entreguerras fue, pese a las apariencias de vuelta a la normalidad, una sociedad militarizada.

Autores como Hans Kohn y Arno

Mayer han hablado de una segunda guerra de los Treinta Años para referirse al período 1914-1945. Junger y Heidegger vieron en el mismo la época de la *movilización total*. La seducción del militarismo sobre la juventud de entreguerras fue mayor aún que la que ejerció sobre la generación de las trincheras. ¿Hubo alternativas a ese nuevo militarismo? Desde luego: la revolución y el pacifismo. Ambas se definían como izquierdistas y pretendían terminar para siempre con la posibilidad de una guerra. Irónicamente, catalizaron el rearme y favorecieron la formación de un militarismo más agresivo y, lo que es peor, más ideologizado que el de entreguerra. Las revoluciones de Rusia, Hungría y Alemania suscitaron como respuesta la creación de partidos fascistas en Occidente. El pacifismo debilitó la respuesta de los estados democráticos a las exigencias de Hitler, en 1938. Vistas desde hoy, las críticas de escritores como Henri Barbusse, Jean Giono o Erich Maria Remarque al militarismo de sus respectivos países se nos muestran un tanto maniqueas e ineficaces, y, desde luego, nada penetrantes. Nada digamos de las de aquellos que, como Russell, llegaron a sostener que debía permitirse a los nazis invadir las islas británicas y fiarlo todo a la persuasión dialogante. Si el militarismo fue una enfermedad, ni la revolución ni el pacifismo eran las triacas adecuadas.

El mito de la Experiencia de la Guerra sólo comenzó a declinar después de 1945, y en su declive, por raro que parezca, tuvo un papel decisivo la bomba nuclear (2). La guerra fría supuso también una merma del militarismo. Tanto en el bloque comunista como en occidente, el prestigio de la cultura militar se atenuó considerablemente. Ciertamente que en Asia, África y Latinoamérica apareció un militarismo de nuevo cuño, con escasa o nula relación con el militarismo europeo de entreguerras. El caso español es muy especial. No se produjo nada parecido a una *civilización de los militares* al estilo gaullista. La retórica franquista combinó en distintas dosis, y según coyunturas diferentes, el militarismo, la religión y un lenguaje tecnocrático que se pretendía ideológicamente neutro. También es cierto que la noción al uso de *militarismo* es distinta en España de la que ha predominado en Europa. Aquí se ha solido definir como la intervención abusiva del ejército en la política, definición calcada sobre la del clericalismo, y que se explica por una tradición nacional específica que se remonta a los pronunciamientos militares y gue-

rras civiles del pasado siglo. Nunca se ha considerado que el militarismo sólo accidental e incluso esporádicamente se relaciona con el ejército. En España, parecería una *boutade* del peor gusto sostener que un movimiento en apariencia tan inofensivo y pintoresco como el escultismo constituye uno de los más castizos productos de la cultura militarista. Todo ello plantea otro problema de difícil, si no imposible, solución: ¿existe un denominador común de los fenómenos que hoy en día se reconocen como expresiones del militarismo? Las cosas, evidentemente, no están tan claras como en tiempos de Spencer y Unamuno. Que la dificultad es insalvable lo demuestra el hecho de que no siempre pueda definirse una actitud militarista con referencia explícita al ejército, ni siquiera a un ejército irregular o, para emplear el eufemismo leninista, *popular*. ¿Militarismo sin ejército? Exactamente, eso es lo que Spencer quería decir al hablar de *militant societies* (él pensaba en sociedades campesinas o semicampesinas y semiguerreras, no en sociedades modernas con sus correspondientes ejércitos nacionales). ¿Hemos reparado alguna vez en el regocijante contrasentido que supone una expresión como *militante pacifista*, por ejemplo? El asunto, pues, no puede estar más confuso, y uno echa en falta a veces un deslinde de los militarismos semejante al que Hannah Arendt hizo de los totalitarismos.

No es posible, por tanto, esclarecer ahora las diversas dimensiones del militarismo y de sus usos. Desde Spencer a esta parte, el término ha experimentado una suerte de refracción, y aunque no falten almas bellas a quienes su significado parece meridiana-mente claro, lo cierto es que no puede saberse a qué se refiere la palabra *militarismo* si se prescinde de sus contextos de uso. Es tan equívoca como el término *agricultura* o el término *alfabetización*, por lo menos. Veamos, por ejemplo, si la acepción más extendida en España (el predominio de los militares en la vida política) se sostiene en otras sociedades occidentales a las que se califica habitualmente -en España, claro está- de *militaristas*.

Y empecemos, como es lógico, por los Estados Unidos. Es verdad que en Norteamérica existe un interés popular en los temas militares que explica, por ejemplo, que los libros de Barbara Tuchmann o Paul Fussell lleguen a ser auténticos *best-sellers*. En casi todas las librerías americanas suele haber una sección dedicada a libros de guerra. Se trata, en realidad, de obras de polemología, una especialidad que

hace furor en las universidades y que invade progresivamente otros campos y especializaciones. Además de los casos ya citados de Barbara Tuchmann y Paul Fussell, historiadora la primera y crítico literario el otro, que pasaron a la polemología desde sus respectivas especialidades, puede citarse el de William H. McNeill, un buen especialista en historia de las epidemias conocido en España, casi exclusivamente, por sus estudios sobre el poder militar en Occidente. No es infrecuente encontrar, entre la gigantesca bibliografía americana sobre temas militares, títulos como (traduzco), "*Estados Unidos, una sociedad para la guerra*". Dudo de que los americanos se perciban a sí mismos como una sociedad guerrera. En cualquier caso, se trata del único país occidental donde nunca el poder militar ha tratado de usurpar las atribuciones del poder civil. Pese a toda la verborrea de autores como Chomsky, que encuentran una bien dispuesta caja de resonancia en la izquierda europea, lo cierto es que los Estados Unidos son una de las sociedades menos militaristas que haya existido jamás.

Durante la Primera Guerra Mundial, los escritores americanos se movilizaron (como todos los de los demás países, beligerantes o no) en defensa de la intervención o de la no intervención (no faltaron los neutralistas, ni los germanófilos). Recuerdo haber leído de niño algunas novelas de Zane Gray que eran pura propaganda antialemana. Sin embargo, resulta difícil encontrar en el cine americano una apología del mito de la Experiencia de la Guerra, si exceptuamos *Sergeant York*. El cine norteamericano se mostró más bien crítico respecto de la pretendida nobleza del militarismo (no hay más que recordar películas como la excelente *Paths of Glory*, de Kubrick). En general, las películas sobre la Gran Guerra son alegatos pacifistas de los que los ejércitos no salen bien parados. Hollywood lanzó, ya en 1930, la primera versión cinematográfica de *All Quiet in the Western Front*, sobre la novela de Remarque, de la que en años posteriores se hicieron nuevas versiones. Es innegable que el sesgo cambió en la Segunda Guerra Mundial, cuando se produjeron a centenares películas propagandísticas con abundantes ingredientes de racismo estereotipado. Pero incluso en éstas, la exaltación del militarismo es poco frecuente. No se advierte apenas (salvo en casos como el de Patton y McArthur) una especial veneración o culto a la personalidad del estratega. La misma tónica rige en el

cine sobre la guerra de Corea. Pero, retrospectivamente, aparece un cine muy crítico sobre ambas guerras (*Slaughterhouse 5*, *The Naked and the Dead*, *MASH*, etc.). La guerra del Vietnam sirve de pretexto a extraordinarias películas antibelicistas (*Apocalypse Now*, *Burger Hill*, *The Hunter*, *Born the 4th of July*). Llegando a este punto, es inevitable dedicar unas líneas a lo que muchos consideran el máximo exponente del *fascismo militarista* americano, la saga de Rambo: **Rambo** (I) no era una película en absoluto militarista. Inspirada en una famosa novela de David Morrell, "*First Blood*", representaba una típica apología del individualismo directamente emparentada con los *westerns*. Las posteriores películas de la serie, producidas en plena época reaganiana, tienen ya un sesgo patriótico y derechista, aunque no se les podría acusar de tratar de dignificar la intervención americana en Vietnam. Curiosamente, el militarismo sí ha contaminado (revitalizando el mito de la Experiencia de la Guerra) una producción tenida paradójicamente por pacifista: *Platoon*, de Oliver Stone. Se trata, sin embargo, de un caso excepcional. El cine americano de guerra, en su conjunto, ha sido hostil o, al menos, indiferente, al militarismo.

Otro tanto puede decirse del cine británico. No así de su literatura. Todavía en la década de 1920 a 1930 aparecieron numerosas memorias de la campaña, escritas por oficiales voluntarios que reflejaban una actitud cuando menos ambigua: no ahorran énfasis en la descripción de los horrores, y en esto se oponían al lenguaje eufemístico de los historiadores oficiales, pero mantenían el mito de la Experiencia de la Guerra en sus más altas cotas de idealización (por ejemplo, en "*The Seven Pillars of Wisdom*", de T. E. Lawrence; "*Good-bye to all that*", de Robert Graves; "*The Complete Memoirs of George Sherston*", de Sigfried Sassoon, o "*Some Desperate Glory*", de Edwin Campion Vaughan. La generación inglesa de los 30 (Auden, Isherwood, Connolly, Spender) fue declaradamente antimilitarista y se burló del mito en cuestión. En Francia, la literatura de los excombatientes reflejó la división política entre éstos (Drieu la Rochelle frente a Giono), como en Alemania (Junger ¡y Hitler! frente a Toller y Remarque).

España, país neutral, produjo alguna de la literatura más belicista de la segunda guerra de los Treinta Años. Urge repasar las novelas y reportajes de Blasco Ibáñez, Maeztu, Unamuno, Valle Inclán, Insúa, Gaziel, etc., para

saber de qué hablamos cuando hablamos de militarismo. En estos escritos de la primera guerra mundial se incubó esa *retórica de la Obviedad* de la que tan ajustadamente ha escrito José-Carlos Mainer (3) y que llegó a su culminación en las novelas de los años cuarenta y cincuenta sobre la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial. Lo que, a mí, por lo menos, me lleva a pensar que quizá la obsesión militarista sea un fenómeno más español que europeo. Por supuesto, estoy convencido de que la cacareada *cultura pacifista* de cierta izquierda encubre un militarismo de los de -literalmente- no te menees. Para el que quiera verlo, claro.

#### Notas

(1) George Moshe: *"Fallen Soldiers. Reshaping the memory of the World Wars"*. New York: Oxford University Press, 1990.

(2) Paul Fussell, *"Thank God for The Atom Bomb and Other Essays"*. New York: Ballantine Books, 1988.

(3) José-Carlos Mainer, *"La Retórica de la obviedad: Ideología e intimidad en algunas novelas de guerra"*, en *"La Corona hecha trizas (1930-1960)"*. Barcelona: PPU, 1989, pp. 141-170.

---

## Las obligaciones militares del ciudadano

Gonzalo MARTÍNEZ  
FRESNEDA

Desde un punto de vista conceptual, no deja de haber más de una contradicción en la formulación del título de este artículo. La primera estaría entre el objeto militar y el sujeto ciudadano: lo militar se define por contraposición con lo *civil*, es decir con lo ciudadano. Esta contraposición tiene su traducción jurídica. Al hablar de las obligaciones del *ciudadano* nos estamos refiriendo al habitante de un Estado como sujeto de derechos y deberes políticos que ejercita en libertad; no nos referimos al simple súbdito o habitante de todo país gobernado. Pero someter aquel ciudadano a cualquier obligación

de naturaleza militar supone colocarlo bajo una disciplina, cuya virtualidad radica precisamente en la supresión de todas las libertades individuales, en aras de la unidad de acción y del principio absoluto de jerarquía bajo el mando. Es decir, la aceptación de una obligación militar del ciudadano equivaldría a la de una obligación de dejar de ser ciudadano, en el sentido político de la palabra.

Para salvar la contradicción hay que remontarse al conocido origen histórico de la conscripción obligatoria, que se implantó en la Francia revolucionaria, para formar así un ejército numeroso que oponer a los ejércitos absolutistas que la asediaban. El 23 de Agosto de 1793, la Convención vota la "movilización en masa" que proponen los Hebertistas. Todos los franceses son puestos en situación de requisición permanente. Según la moción adoptada:

*"Los jóvenes irán al combate; los casados forjarán las armas y transportarán los víveres; las mujeres harán tiendas, vestidos, y atenderán los hospitales; los niños harán vendajes con la ropa vieja; los ancianos se harán llevar hasta plazas públicas para excitar el coraje de los generales, predicar el odio a los reyes y la unidad de la República"*.

Era la culminación de una serie de levadas masivas de hombres para el ejército, que se batía a la desesperada en todos los frentes. Los reyes de Inglaterra, Austria, Rusia, Cerdeña y España tenían tropas combatiendo en las fronteras de Francia. En el interior, la región de Vandea sublevada estaba controlada por el ejército monárquico y la ruta hacia París quedaba despejada. Así pues, se trataba de crear un nuevo ejército para defender la República junto con todo lo que ésta significaba y detestaban las Monarquías: la libertad, el fin de los privilegios, los derechos del ciudadano. Iba a ser un ejército cuya principal ventaja había de estar en el gran número de soldados y en el fervor patriótico de quienes sabían que les iba en ello la supervivencia como *ciotoyens*.

La Revolución venció la guerra. Luego vino Napoleón para llevar aquel descomunal ejército por toda Europa. Las conquistas militares sustituyeron a las revolucionarias. De la defensa de éstas se pasó a la de sus criaturas espurias: la *patria*, o la *nación*. Patrias y naciones proliferaron, con o sin libertades; casi todas con reyes, que encontraron de enorme utilidad ese invento del ejército de reclutas. El servicio militar se hizo obligatorio para los jóvenes de casi todos los países, al

menos para los que no podían pagar su exención. Las grandes matanzas del siglo XX se cebaron con ellos. La *guerra fría* de la segunda mitad de este siglo justificó el mantenimiento de esos ejércitos numerosos, basados en la requisición sucesiva de dos o tres promociones enteras de jóvenes, que sufren en sus vidas un período obligatorio de muerte civil, cuando no la muerte real.

Esa sigue siendo hoy, con arreglo a las leyes de muchos países como España, la *obligación militar del ciudadano*: perder el ejercicio de todos los derechos y libertades que le definen como tal ciudadano, para dar cuerpo a un ejército nacional, cuya operatividad se basa en tener bajo su disciplina permanente a trescientos mil civiles, alistados a la fuerza.

Claro que esta obligación sería sólo para determinadas situaciones o períodos de tiempo, cada vez más cortos. Conscientes quizás de la contradicción que supone, todos los sistemas políticos modernos presentan el *deber militar del ciudadano* bajo el signo de la excepcionalidad. Ante todo, la excepción estaría en el objetivo de la actividad militar, tanto la del militar de carrera como la del recluta, que se orientaría sólo a la *defensa* de la comunidad (nación, patria, república) frente a las agresiones de sus enemigos, reales o potenciales.

La vigente Constitución española sólo concibe las Fuerzas Armadas en función de esa misión defensiva: *"garantizar la soberanía e independencia de España, defender su integridad territorial y el ordenamiento constitucional"* (artículo 8.1). En otro Capítulo, al regular los derechos y deberes de los ciudadanos, la Constitución establece que *"los españoles tienen el derecho y el deber de defender a España"* (artículo 30.1). La concreción de ese *derecho y deber* individual no se formula, dejándose a una ley de desarrollo que *"fijará las obligaciones militares de los españoles"*. Esta ley también regulará las *"causas de exención del servicio militar obligatorio"* (artículo 30.2).

De modo que habría un derecho-deber de *defender* a España, que es el que justificaría unas *obligaciones militares* de los españoles (pero ningún *derecho* militar individual) entre las que el *servicio militar obligatorio* se menciona como la prestación básica, aunque *no* necesariamente la única, ni tampoco necesariamente exigible a todos, ya que admite *exenciones* por diversas causas además de la objeción de conciencia.

Este artículo constitucional se completa con un apartado genérico, según